Meditaciones para la Festividad de Cristo Rey (Amós López Rubio)

En este último domingo del año litúrgico, varias iglesias en el mundo celebran la Fiesta de Cristo Rey. Esta festividad fue instituida por el papa Pío XI en diciembre de 1924. Afirmar que Cristo es el Señor de la historia y único Rey del universo no es solo confesarle como primogénito de la nueva creación por la cual vivimos y luchamos. Es también reconocer la prioridad de su señorío y definir nuestra lealtad al Evangelio frente a los poderes de nuestro tiempo.

El tema del reinado de Dios es fundamental en la predicación y la vida de Jesús. Construir el reino de Dios constituye también el sentido último de la misión de la iglesia en nuestro mundo. Sobre el reino de Dios hablamos con frecuencia, intentamos vivir de acuerdo a los valores de este reino, afirmamos que el reino es el horizonte hacia donde se orienta nuestro camino como iglesia. Sin embargo, es bueno preguntarse con frecuencia ¿nos mantenemos en este camino hacia el reino de Dios? ¿estamos siendo fieles a este llamado que Jesús nos hace de anunciar y vivir el reino de Dios? El reino de Dios es un tema central en la vida de la iglesia, por eso volver sobre él nunca será una pérdida de tiempo. Les invito a volver a Jesús, aquel que nos enseña qué es el reino y cómo debemos proclamarlo.

Jesús es aquel que anuncia el reino de Dios. Podríamos identificar dos tradiciones del pueblo de Israel que son retomadas por Jesús en su mensaje del reino. La primera de ellas es aquella tradición que identifica a Dios como el verdadero rey de Israel y posteriormente, como rey de todas las naciones. Este mensaje proviene fundamentalmente de los profetas. Ellos critican duramente los errores y desvíos de los reyes, señalando a Yhavé como verdadero rey de Israel, a quien los reyes debían obedecer porque Yahvé es un rey justo. Después del fracaso de la monarquía y la dolorosa experiencia del destierro, los profetas anuncian un tiempo futuro donde será restaurado el reino de Israel. En este mensaje entra la figura del Mesías, el rey justo que traerá un reinado de paz. Este nuevo reinado siempre estará asociado a Jerusalén como capital del reino de David, y a este como prototipo del rey justo y conforme al corazón de Dios.

En el libro de Miqueas, capítulo 4, versos del 1 al 4, encontramos las siguientes palabras: “En los últimos tiempos quedará afirmado el monte más alto; más alto que cualquier otro monte. Todas las naciones vendrán a él; pueblos numerosos llegarán diciendo: Vengan, subamos al monte del Señor, al templo del Dios de Jacob; para que él nos enseñe sus caminos y podamos andar por sus senderos. Porque de Sión saldrá la enseñanza del Señor, de Jerusalén vendrá su palabra. El Señor juzgará entre las naciones y decidirá los pleitos de pueblos numerosos, aún de los más lejanos. Ellos convertirán sus espadas en arados y sus lanzas en hoces. Ningún pueblo volverá a tomar las armas contra otro ni a recibir instrucción para la guerra. Todos vivirán entonces sin temor, y cada cual podrá descansar a la sombra de su vid y de su higuera”.

La otra tradición que se refleja en el anuncio que Jesús hace del reino de Dios es la tradición mesiánica de la literatura apocalíptica, cuya idea central era la repentina llegada del reino de Dios como una gran catástrofe sobre la tierra, donde se realizaría un juicio donde los justos serían premiados y los malos castigados. En el texto del profeta Daniel, que fue leído, encontramos estos elementos propios de la literatura apocalíptica. La visión del hijo de hombre contrasta con la visión de los cuatro monstruos que le anteceden, los cuales simbolizan los diferentes imperios que habían sometido al pueblo de Israel. Dice el texto que a este “hijo de

hombre", figura que representa al pueblo del Dios Altísimo que resiste y vence la dominación extranjera, le será entregado el reino, el poder y la gloria, y este reino jamás será destruido.

La predicación de Jesús afirma que el reino de Dios se ha acercado. Como hemos visto, Jesús retiene algunos elementos de la tradición de Israel que inciden en su comprensión del reinado de Dios: este será un reinado de paz para todos los pueblos, y esta paz es garantizada por la obediencia a la palabra de Dios. La manifestación plena de este reino implica también un acto de justicia, donde cada quien será examinado de acuerdo a su conducta. Siendo el anuncio del reino de Dios el tema central de la predicación de Jesús, numerosas y diversas han sido las interpretaciones sobre este reino.

Creo que lo mejor será revisar nuevamente en los evangelios los rasgos de este reinado de Dios y encontrar en ellos algunos elementos que nos ayuden a comprender el carácter y la finalidad de este reino. El contenido del mensaje de Jesús es el anuncio del reino de Dios, pero hay que preguntarse, ¿en qué consiste este mensaje del reino? Recordemos las palabras de Jesús en Lucas 4, 18-19: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado para llevar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar libertad a los presos y dar vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a anunciar al año favorable del Señor".

Más adelante, en el mismo evangelio de Lucas, Juan el bautista manda a preguntar a Jesús si él es el que habría de venir o si debían esperar a otro. Jesús le responde: "Vayan y díganle a Juan lo que han visto y oído. Cuéntenle que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios de su enfermedad, los sordos oyen, los muertos vuelven a la vida y a los pobres se les anuncia la buena noticia".

De acuerdo con estos pasajes, anunciar el reinado de Dios es anunciar su mensaje de liberación y vida para todas las personas, sobre todo para aquellas personas que son rechazadas por la sociedad, los sistemas económicos o la moral religiosa. El mensaje del reino de Dios es un mensaje de vida y esperanza para aquellas personas a quienes se les niega el derecho a una vida con dignidad y justicia. Cojos, ciegos, pobres, sordos, leprosos, son ejemplos de quienes eran oprimidos por sus propios hermanos de raza, cultura y religión. Estas personas vivían en una verdadera prisión. Las leyes económicas y religiosas les condenaban a la exclusión social, lo cual era una manera de morir.

Cuando revisamos las parábolas del reino de Dios en al evangelio de Mateo, encontramos que los protagonistas de estas historias representan también a las personas menos importantes en la escala social de la época: campesinos, mujeres, comerciantes y pescadores. Y en uno de sus tantos mensajes sobre el reino, Jesús nos dice que hay que ser como los niños y las niñas para entrar en el reino de Dios, y los niños y las niñas tampoco contaban en el sociedad judía de la época.

El mensaje del reino de Dios no solamente es una buena noticia de vida y esperanza. Este mensaje reclama también aceptación y compromiso. Nuevamente Jesús nos dice: "No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de Dios sino aquel que hace la voluntad de mi Padre". Y en el conocido texto del juicio de las naciones, en Mateo 25, encontramos esta relación entre el reino de Dios y la obediencia a las exigencias de ese reino: "Y dirá el Rey a los que están a su derecha, vengan ustedes, los que han sido bendecidos por mi Padre; reciban el reino que está preparado para ustedes desde que Dios hizo el mundo. Pues tuve hambre, y ustedes me dieron de comer, tuve sed, y me dieron de beber; anduve como forastero, y me

dieron alojamiento. Estuve sin ropa y ustedes me la dieron; estuve enfermo y me visitaron. Estuve en la cárcel y vinieron a verme".

Muchos vieron en el mensaje del reino de Dios la llegada del mesías prometido. Sus expectativas eran que Jesús restaurara el reino de Israel y recuperara el esplendor de los tiempos de David. Algunos se afilaban las uñas y comenzaron a disputarse los cargos más importantes en el gobierno futuro de Jesús como Rey de Israel. Sin embargo, no pudieron comprender que el reino que Jesús traía "ya estaba en medio de ellos", que este reino consistía en una nueva manera de vivir según la voluntad del Padre, que no se identificaba con ningún sistema socio-político, y que mucho menos era un reino preocupado por la obtención del poder sino que, por el contrario, era un reino que consistía en el servicio a los demás, un servicio a la vida. "Yo he venido para que tengan vida", "Yo estoy entre ustedes como el que sirve".

En el seguimiento a Jesús, la iglesia tiene la misión de anunciar y vivir el reino de Dios, preparar las condiciones para que este reino se manifieste de manera plena en medio de nuestra vida y nuestra historia. Pero esta misión de anunciar el reino no ha estado libre de malos entendidos. En ocasiones, la iglesia se ha identificado a sí misma con el reino de Dios, cuando en verdad la iglesia es llamada a ser señal del reino. Como hemos visto, en las parábolas de Jesús, el reino se manifiesta en la cotidianidad de la vida, el reino está presente en el testimonio de hombres y mujeres que comunican un mensaje de amor, esperanza, justicia y liberación. En uno de sus poemas, el obispo Pedro Casaldáliga nos alerta: "El Reino une. La iglesia divide cuando no coincide con el Reino…Sólo es fermento en la masa el fermento que es masa penetrado de Evangelio".

Otro error en relación con el reino de Dios ha sido colocarlo más allá de la historia, como un reino extraterreno. Muy por el contrario, Jesús nos enseña a orar pidiéndole a Dios que "venga su reino". El reino de Dios viene a nuestra historia, no hay que salir de la historia para que el reino se realice. En su libro "Profecía bíblica y misión de la iglesia", el teólogo estadounidense nacionalizado en Costa Rica, Juan Stam, comenta sobre esta tendencia en las iglesias de sacar el reino de nuestro mundo y nuestra historia, y pregunta:

"¿Cómo anda nuestra teología del reino? El reino es el mensaje central de la primera venida de Cristo y el secreto del sentido de su misión. Él nos exhorta a buscar primeramente el reino de Dios y su justicia y a orar para que el reino venga y se haga la voluntad de Dios en nuestros países. Pero muchas veces lo que fue el mensaje central de Jesús es el mensaje olvidado de la iglesia. Por eso no sabemos qué hacer con su venida, porque no tenemos una teología del reino. Entonces, para llenar ese vacío, echamos mano del rapto como propósito de la venida. Así cambiamos la enseñanza bíblica de que él viene para estar aquí y reinar en la tierra por una especulación de que viene para sacarnos de la tierra. Pero su venida no será "Operación Rescate" sino "Operación Reinado".

En el texto del evangelio de Juan que fue leído, Jesús afirma ante Pilatos que su reino no es de este mundo. De ahí que podamos pensar que el reino que Jesús anuncia está en los cielos, o en otro planeta, o en otra galaxia. Para evitar esta desviación es importante saber que cuando en el evangelio de Juan se habla del mundo no se está hablando de la creación buena de Dios, ni de las culturas humanas, ni del espacio social y común donde se desarrolla nuestra vida. El mundo designa una determinada situación o sistema donde prevalece la muerte y la destrucción, donde hay injusticias, violencia, falta de amor y desesperanza.

Cuando el mundo rechaza a Jesús, cuando "no le conoce", se da una ruptura de la humanidad con el Verbo de Dios, así se entiende el "mundo" como aquel comportamiento humano que se aleja de Dios. En varias corrientes de pensamiento de la época de Juan, el mundo era una esfera mala de la existencia que rodea a la persona y la influencia negativamente. Sin embargo, el evangelista descarta un origen malo del mundo ya que este es creación buena de Dios y lugar de la encarnación del Verbo, Jesucristo.

El mundo, en el evangelio de Juan, es todo lo que se opone al reino de Dios y su justicia. Y las señales de este mundo son las señales del anti-reino. Pero tengamos cuidado y no seamos triunfalistas, el mundo también está presente en la iglesia. De modo que la iglesia tiene la responsabilidad no solo de anunciar el reino de Dios, sino de reconocer las señales del anti-reino en su propio seno. En la medida en que podamos como iglesia reconocer nuestros errores; en la medida que podamos identificar en nosotros y nosotras aquellos pensamientos, palabras y conductas que impiden el avance del reino de Dios, podremos ser verdaderamente signo del reino de Dios.

¿De qué manera la iglesia se hace signo del reino de Dios en el mundo? Podemos encontrar respuesta a esta pregunta en una oración antigua atribuida a Francisco de Asís: "Señor, haz de mí un instrumento de tu paz. Donde haya odio, lleve yo tu amor. Donde haya ofensa, lleve yo el perdón. Donde haya discordia, lleve yo la unión. Donde haya duda, lleve yo la fe. Donde haya error, lleve yo la verdad. Donde haya desesperación, lleve yo la esperanza. Donde haya tristeza, lleve yo la alegría. Donde haya tinieblas, lleve yo la luz. Oh Maestro, permite que yo busque más consolar que recibir consuelo, comprender que ser comprendido, amar que ser amado. Pues es dando que se recibe, es perdonando que se es perdonado, y es muriendo que se resucita para vida eterna".

¿Quiénes son los pobres, los leprosos, los ciegos, cojos, oprimidos de nuestro tiempo, de nuestra sociedad, de nuestra iglesia, de nuestra familia? Cuando la iglesia anuncia vida y esperanza para aquellas personas que hoy siguen siendo rechazadas por muchas razones, la iglesia es signo del reino de Dios. Cuando la iglesia no solo proclama sino que también echa su suerte con la persona excluida, se sienta a su mesa, la escucha, se identifica con su necesidad y su dolor, la iglesia es signo del reino de Dios. Cuando la iglesia no solo proclama liberación y comparte con la persona excluida, sino que también tiene el valor de ser una voz profética y llama por su nombre a los responsables y trabaja por la transformación de las injusticias, la iglesia es signo del reino de Dios. Preguntémonos: ¿hasta qué punto nuestro trabajo está al servicio del reino de Dios y no al servicio de los intereses particulares de nuestra iglesia?

En este domingo de Cristo Rey, no celebramos el reinado de la iglesia sobre el mundo y la historia. Tampoco rendimos veneración a ningún sistema o gobierno humano donde quizás nos parezca haber encontrado el reino de Dios. Celebramos la llegada del reino de Dios que propone un nuevo modo de convivencia que permita la reconstrucción de la comunidad humana para el bienestar y la vida abundante de todos y todas. El reino de Cristo no es de "este mundo", no se ajusta a los valores que rigen nuestra desigual manera de convivir. Es un reino de verdad y de vida, de santidad y gracia, de justicia, amor y paz. El señorío de Cristo se traduce en gestos de servicio y sanidad, el más grande es el que sirve. Reinar es servir.